

# REINOS DE CRISTAL

IRIA G. PARENTE  
SELENE M. PASCUAL

«Bienvenida a casa, mi reina».

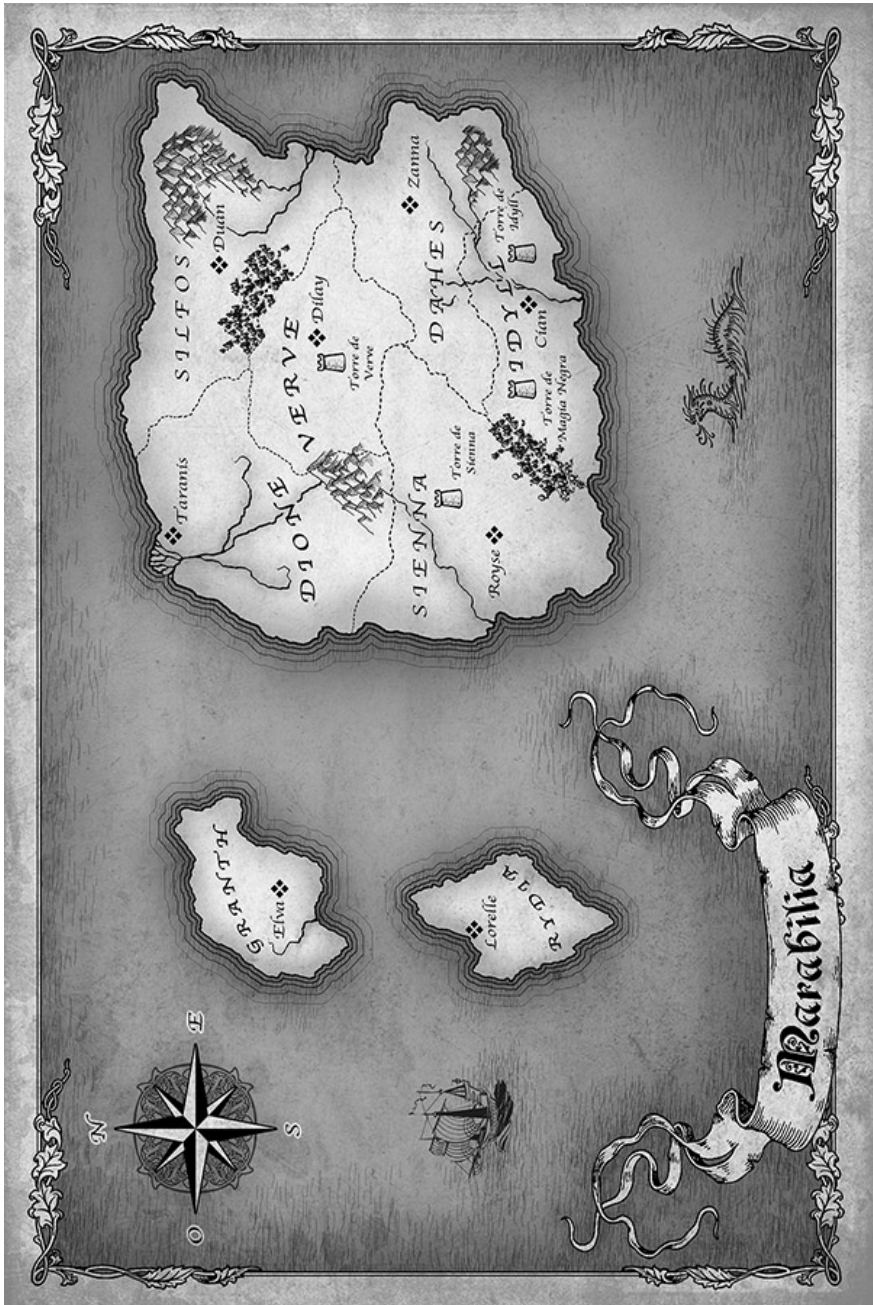
Con esas palabras, el rey Arthmael de Silfos recibe a su prometida, a la que ha esperado durante diez años en los que han mantenido una relación secreta. Ahora, por fin, ha llegado el día de que eso cambie con el anuncio de su próximo enlace.

La noticia corre como la pólvora por Marabilia, un continente que en los últimos tiempos ha asistido a un progreso tras otro: la magia ya no es imprescindible, las piratas son princesas y las mujeres pueden reinar solas.

Pero ¿y si en un mundo que no deja de avanzar... hay un límite capaz de romperlo todo?

*Reinos de cristal* es una historia independiente que supone la última visita al mundo fantástico de Marabilia.

A todas las personas que luchan por sus sueños,  
por seguir adelante, por la libertad, por la  
justicia. Por el futuro. Y, sobre todo, a todas las  
personas que, de alguna manera, ya vivís en  
Marabilia.





## Lynne

—Bienvenida a casa, mi reina.

Las palabras con las que Arthmael me recibe de nuevo en Silfos, en su abrazo, me hacen sentir tan feliz como asustada. Sin embargo, el primer sentimiento gana al segundo cuando nuestros labios se reencuentran, como tantas otras veces durante los diez años que hemos estado separados. Diez años tan largos, tan llenos de despedidas y añoranza, que habían convertido un momento como este en algo extraño e impensable, una quimera que quizá no estaba destinada a suceder jamás.

Pero ha sucedido. He vuelto a Silfos después de haber dejado este reino y todo lo que conocía en él durante demasiado tiempo. He vuelto al castillo, donde una vez su rey recién coronado me pidió que me casara con él y me prometió esperarme durante una eternidad si era necesario.

No ha sido una eternidad, aunque lo ha parecido.

Arthmael da una vuelta sobre sí mismo conmigo en brazos, lo que nos arranca otra risa. Solo después de eso me permite volver a posar los pies en el suelo, pero ni siquiera entonces sus manos se alejan de mi cintura. Yo tampoco

hago ademán de separarme, aunque me esfuerzo por tener más entereza de la que él muestra.

—Todavía no me han coronado como para que digas tan alegremente que soy tu reina. De hecho, no lo repetiría muy alto: creo que los guardias ya se han quedado suficientemente conmocionados al ver cómo te has lanzado hacia mí como para además enterarse así de que Silfos por fin va a tener una soberana.

Echo un vistazo por encima de mi hombro a los soldados apostados en los distintos lados del patio de armas. Algunos se dan cuenta de que tanto su rey como yo les miramos y deciden apartar la vista a sus botas o al cielo, pero soy consciente de que ya deben de estar preguntándose quién es esa muchacha de la trenza que ha aparecido de la nada y desde cuándo tiene una relación tan estrecha con su rey. Trato de no pensar en que el rumor correrá por el palacio, y quizá más allá, en cuanto dejen sus puestos.

Por el contrario, a Arthmael nunca le ha importado ser el centro de atención, así que no me sorprende que él tan solo se ría. Es imposible no sentirme contagiada por su despreocupación y su felicidad. Supongo que le he hecho esperar demasiado y no va a dejar que, ahora que estoy aquí, alguien le quite ni un segundo de mi presencia.

—Que miren —dice. Después se inclina hacia mí para bajar la voz y susurrar en mi oído—: Que se fijen bien en la reina que he elegido, tenga o no una corona sobre sus cabellos. Que hablen si quieren, porque ya no tenemos que escondernos más.

Como si quisiera dejar claro que no le va a permitir a nuestra relación ni un segundo más de secretismo, toma mi rostro entre sus dedos y me besa en un gesto fugaz al que ni siquiera me da tiempo a responder. Entonces su mano coge la mía, presionando su boca contra mis nudillos un segundo antes de tirar de mí hacia la entrada del castillo.

—Ven. Creo que tienes que contarme muchas cosas.

Mis ojos vuelven a los guardias para fijarme en cómo nos siguen con la mirada antes de comenzar a murmurar. Supongo que voy a tener que acostumbrarme a la exposición, pero no es una idea que me haga demasiada gracia, así que dirijo de nuevo la vista hacia Arthmael mientras entramos en el vestíbulo.

—¿Crees que yo tengo que contarte cosas a ti? Más bien debería ser al revés. Voy a tener que ponerme al día si realmente quieres una reina y no solo a una mercader con un aro de metal en la cabeza.

Que es exactamente lo que mucha gente verá, cuando no a una simple plebeya, por más que sea una gran mercader. Es otra de las cosas en las que trato de no pensar, quizá porque si lo hubiera pensado demasiado jamás habría vuelto.

A Arthmael, por supuesto, eso no le podría importar menos. Nunca lo hizo y tampoco va a pararse a pensar en ello ahora, por eso su sonrisa y el brillo de sus ojos, de niño emocionado más que de adulto con mil responsabilidades a sus espaldas, no pierden ni un ápice de su fuerza.

—Hablas como si no hubiese pasado los últimos diez años de mi vida diciéndote cómo es ser rey. O como si no tuvieras una lista de mejoras para el reino oculta en la manga de tu camisa. De hecho, estoy seguro de que has pasado las últimas lunas entre libros de historia y sabes recitar los nombres de mis antepasados mejor que yo.

Está equivocado. No me he pasado los últimos meses haciendo tal cosa, eso es ridículo.

He necesitado al menos un par de años.

—Si no fuera así —digo con una sonrisa divertida—, Jacques nunca me aceptaría.

La mención a su eficiente hermanastro le arranca un resoplido.

—Te aseguro que Jacques te querrá a ti más que a mí en cuanto vea cómo trabajas.

—¿Quién te dice que no lo hago ya?

Los dos levantamos la vista. Jacques, precisamente, está bajando las escaleras principales con la calma que lo caracteriza, tan distinta de la energía con la que Arthmael realiza cada movimiento. No ha cambiado demasiado en estos diez años que llevo sin verlo, más allá del simple paso del tiempo, aunque parece más feliz que la última vez, cuando una mujer le rompió el corazón al revelarse como una traidora que lo había usado cuando él habría dado su vida por ella. Su hijo, el príncipe Brydon, va de su mano y nos mira a todos con ojos llenos de una creciente curiosidad. Supongo que ha sido el pequeño el que ha informado de mi presencia a su padre y por eso este no parece sorprendido. Cuando él y Brydon se presentan ante nosotros, el príncipe hace una elegante inclinación de cabeza ante mí.

—Lynne.

—Jacques —le saludo a su vez—. Sé que me he hecho de rogar un poco, pero por fin vengo a prestarte ayuda con el niño. Y no me refiero a Brydon, evidentemente.

Brydon ladea la cabeza, inocente, pero a Arthmael se le borra la sonrisa cuando entiende la burla.

—¿Os vais a compinchar contra mí? Porque, si es así, este palacio se queda pequeño para todos.

—¿Conoces a la aventurera, papá?

Brydon me mira como si fuera un descubrimiento apasionante. Parece que haberle dado unos caramelos de Nryan cuando he solicitado ver al rey ha sido suficiente para ganarme la fama de viajera de tierras lejanas.

—Es una vieja amiga de la familia —le informa su padre. Supongo que es una manera de decirlo.

—¿Y va a ser tu reina, tío Arthy? —pregunta, casi conteniendo la respiración.

Arthmael parece tener la misma edad que el niño cuando se acuclilla ante él.

—No creo que encuentre una más guapa, ¿tú qué piensas?



Pongo los ojos en blanco, aunque intento con todas mis fuerzas no ruborizarme ante el estudio al que me somete el más pequeño. Jacques se ríe.

—Entonces, ¿es definitivo? ¿He de enviar mensajeros a todos los reinos para anunciar el compromiso?

La pregunta me pilla un poco por sorpresa. Soy consciente de que el anuncio es algo que deberá hacerse en algún momento, pero apenas he traspasado la puerta de entrada. Trago saliva, sintiendo un repentino nudo en el estómago que trato con todas mis fuerzas de anular.

—Es..., es definitivo, aunque lo de los mensajeros... Quiero decir, ¿tiene que anunciarse por todo lo grande? ¿Y tan pronto? No es como si nos fuéramos a casar mañana...

—Por un segundo dudo y miro a Arthmael—. No nos vamos a casar mañana, ¿verdad?

Él se ríe. Creo que no entiende que lo pregunto casi en serio.

—Claro que no. Pero es normal que se haga saber a toda Marabilia que hay una futura reina.

—Es mejor hacerlo antes de que se haga público por otro lado —apoya Jacques—. Es una mera formalidad. Podemos esperar si no te sientes cómoda.

Arthmael parece salir de algún tipo de nube en ese momento, cuando parpadea.

—¿Por qué no se iba a sentir cómoda? —Se fija en mí mientras se pone en pie de nuevo—. ¿Te molesta que se anuncie?

—No —me apresuro a responder—. No, claro que no. No me molesta. Es solo... —Dudo. Mis dedos juegan con las puntas de mi trenza—. Acabo de llegar. No quiero que sea precipitado.

—¿Precipitado? Llevamos prometidos diez años.

Tiene razón. Y aun así...

—Eso nadie lo sabe —musito—. No es lo mismo una promesa entre nosotros que un anuncio público a todo el continente.

—Pero es...

—No debí sacarlo a relucir —ataja Jacques, sin querer ser fuente de incomodidad. Una parte de mí se lo agradece —. Quizá sí que sea precipitado, y de todos modos la gente habla incluso sin motivos para ello. Esperaremos unos días. ¿Debería enseñarle a Lynne su cuarto?

Eso nos distrae tanto a Arthmael como a mí. Él es quien frunce el ceño.

—Lynne duerme conmigo...

Estoy dispuesta a apoyarlo, a decir que no he vuelto para pasar las noches en otro dormitorio, cuando Jacques carraspea.

—Eso sí que dará que hablar a la gente, Arthmael, y con razones.

Hago un mohín. Supongo que tiene razón. Si los soldados ya comentan nuestro reencuentro en el patio de armas, al resto de personal de palacio no le pasará desapercibido que compartamos cama. No queremos empezar esto con más escándalos, porque un rey contrayendo matrimonio con alguien que no tiene ni el más mínimo rastro de sangre noble en sus venas ya será más que suficiente.

Siento otro pequeño nudo en el estómago, pero me obliga a deshacerlo cuando tomo aire.

—Adina venía detrás de mí con mis cosas. Cuanto antes sepa cuál será mi cuarto, antes podré empezar a acomodarme.

Jacques asiente, pese a que Arthmael me mira como si hubiera cometido una traición imperdonable al acceder a la recomendación de su hermano. Dejo que el príncipe y su hijo se adelanten antes de coger sus dedos para hacer que se incline y acerco mis labios a su oído.

—Tendré mi cuarto, pero nada impide al rey pasearse por las habitaciones de su palacio a las horas que se le antojen...

La sonrisa regresa a su boca. Es tan sencillo como eso. Al fin y al cabo, ahora nos tenemos a unos pasos de distan-

cia y no a varios océanos.  
Arthmael tira de mí y yo lo sigo.  
Empieza una nueva vida.



## Arthmael

Hay una leyenda en Silfos que habla de que, una vez, un príncipe del reino se enamoró de una hechicera. Probablemente no la conocía mucho más allá de haberla visto en el mercado, por lo que insinúa la historia, pero el príncipe se quedó prendado y empezó a proclamar por los rincones que la amaba y que nunca dejaría de hacerlo ni aunque la Muerte se lo llevase.

Un día, un mendigo se acercó a él y le preguntó cómo se llamaba su amada. El príncipe no supo responder, así que dijo simplemente que los nombres no eran más que palabras y que sus sentimientos estaban mucho más allá de eso. El pordiosero le preguntó entonces si reconocería a su amada entre todas las doncellas del reino e, hinchándose con la soberbia de la juventud, el enamorado le aseguró que solamente necesitaría que sus ojos se encontraran para reconocer a la mujer que le había robado el corazón, incluso si ella tomase otra forma con su magia.

Cuando era pequeño, no me sorprendí cuando mi madre me contó que el mendigo resultó ser en realidad la hechicera, que se había cansado de oírlo clamar su amor y quería darle una lección. Ahora, años después de escuchar por primera vez el cuento, me pregunto si una hechicera

podría transformarse en Lynne y tratar de engañarme, si sería posible que fuera otra persona la que estuviese sentada en el alféizar, con la noche a sus espaldas, pasándose el cepillo por los cabellos.

Cuando alza la mirada, no me atrevo a decir que reconocería esos ojos entre un mar de otros idénticos, pero cuando sonrío sé que lo que produce en mí, el calor en el pecho y el corazón acelerado, es un sentimiento que solo ella puede provocarme.

—Realmente estás aquí —murmuro tras cerrar la puerta con cuidado. Y no es hasta entonces, hasta que ella enarca las cejas y la diversión brilla en sus ojos, que me doy cuenta de que una parte de mí se negaba a creer que la mujer a la que quiero había vuelto.

La comprensión de que no es un sueño, de que es tan real como todo lo demás en este cuarto, hace que me piquen las yemas de los dedos por la necesidad de tocarla. Puede que haya pasado la tarde a su lado, con Jacques y un más que encantado Brydon que le ha hecho mil preguntas sobre sus aventuras, pero siento que no había podido estar con ella de verdad hasta ahora.

Lynne no dice nada mientras me acerco. Mientras me siento a su lado y alzo mi mano. Los rizos que enmarcan su rostro. La curva de su mejilla. El pequeño arco invertido que corona su labio superior. Me fijo en cada detalle bajo la tenue luz de la habitación, estudiando en silencio el rostro que tantas veces he visto a lo largo de los años, consciente de los pequeños cambios desde el día que la conocí en un oscuro callejón. Entonces ninguno de los dos éramos quienes estamos aquí, ahora, mirándonos. Ella estaba demasiado lejos de mi alcance, llena de secretos y misterio, y de un dolor que no había pedido; yo creía tener el poder sobre todo el mundo cuando no lo tenía ni sobre mí mismo.

—¿Qué ocurre?

Por lo general, me considero un hombre elocuente, pero esta vez las palabras no me salen como deberían. Hay el

más leve temblor en mi voz:

—Que estás aquí —repito.

Lynne ríe. Sé que piensa que soy un bobo. Puede que lo sea. Arthmael I el Embobado. Estoy seguro de que eso divertiría a los nobles de Silfos.

—Y ya no voy a irme a ninguna parte —me asegura al tiempo que ladea la cabeza hacia mi mano, como si pretendiese convencerme de que es real.

—¿Significa eso que te gusta el castillo?

—¿Alguna vez ha importado cómo sea el lugar en el que estemos?

Hay muchas cosas que no importan cuando estamos juntos. Me gustaría decir que nada importa cuando se sienta a mi lado o me coge la mano, pero no soy idiota. Los problemas no desaparecen simplemente porque una persona camine junto a ti.

—No, pero quiero que estés cómoda. Quiero... que te guste este lugar. Que te guste la gente que vive y trabaja aquí. Quiero que seas feliz.

Casi siento vergüenza cuando su expresión risueña se transforma en ternura. Cuando pasa las piernas sobre mi regazo. Apoyo los dedos en su espalda cuando Lynne me rodea los hombros con un brazo.

—Voy a necesitar un tiempo para acostumbrarme, Arthmael. Llevo diez años viviendo en habitaciones de posada siempre que no estoy en el Sueño. Todo será nuevo para mí. —Un titubeo—. Por eso también creo que... es demasiado pronto para anunciarle el compromiso a toda Marabilia. ¿Lo entiendes?

No parece segura de mi respuesta. Creo que ni siquiera yo lo estoy. Sé que es difícil. Sé que son muchas cosas nuevas, muchos cambios.

—¿Tienes miedo?

La pregunta escapa de mis labios sin pensar. Mis dedos se aferran un poco más a ella cuando se tensa. La chica de

hielo que conocí todavía está ahí, asustada de admitir cómo se siente a veces. ¿O es solo mi impresión?

Apartamos los ojos, aunque creo que es por razones diferentes.

Siento la tentación de pedirle perdón, de decirle que está bien, pero ella se me adelanta:

—Nadie puede quitarme ya todo lo que he conseguido —dice con el ceño fruncido, su expresión dura de pronto. No se me escapa que en realidad no responde directamente a mi pregunta—. Pero no soy tan estúpida como para pensar que mi presencia aquí gustará a todo el mundo. Y necesitamos estar preparados para lo que pueda venir. Así que tenemos que medir muy bien nuestras acciones. Y eso implica anunciar el compromiso cuando sea el momento.

Su fría lógica me ata los pies al suelo.

—Sé que no va a ser fácil, Lynne —concedo—. Pero esto, nosotros, siempre ha merecido la pena. Incluso si no le gusta a todo el mundo, tenemos derecho a elegir sobre nuestras vidas.

—Quién me iba a decir hace diez años que algún día llegaría a oír al egocéntrico príncipe de Silfos hablar así —bromea tras un momento de silencio para terminar de romper la tensión—. Parece que has madurado bastante.

—Solo intento impresionar a la mujer que me gusta. No tengas demasiadas esperanzas.

Su risa choca contra mis labios cuando acerca el rostro para besarme. Su cuerpo se relaja al sentir mi abrazo y estrechamos la distancia que nos separa hasta que no queda más que el susurro de nuestra ropa entre nosotros.

Es ella la que decide cuándo mi boca deja la suya. Su sabor, incluso cuando se aparta, permanece sobre mi lengua. Nuestros ojos se encuentran al tiempo que lo hace el suspiro que se nos escapa de los labios, aunque sus dedos me desconcentran un poco cuando empieza a jugar con los bordes de mi casaca.